

12. *O QUAL EU VI. ESCRITURA Y MIRADA NOBILIARIAS EN EL DISCURSO NAS JORNADAS QUE FIZ A MONTSERRATE DE MANUEL DE ATAÍDE, TERCER CONDE DE CASTANHEIRA (1602-1603)*

FERNANDO BOUZA

Como no se pueden ver,
[los ojos] no advierten sus accidentes
Esteban GISBERT, *Remedio de la vista*

El 16 de octubre de 1602, acompañado de un pequeño grupo de familiares y criados, Manuel de Ataíde dio comienzo a un particular peregrinaje ibérico que lo llevó desde el Atlántico lisboeta al Mediterráneo barcelonés¹.

La devoción que sentía por Nuestra Señora de Montserrat parece haber sido la justificación de una larga ausencia de siete meses en la que este caballero lusitano, que había acompañado al rey D. Sebastián en su empresa africana², acabó convirtiéndose, *in media res*, en el tercer conde de Castanheira³. Durante siete meses, de octubre de 1602 a abril de 1603, cuando había superado los cincuenta años y, según decían, con no muy buena salud⁴, Ataíde

¹ Este artículo se inscribe dentro de las investigaciones del proyecto «Las letras y los idiomas: formas de comunicación y circulación de modelos culturales en el Siglo de Oro ibérico», MEC/HUM2005-04130/HIST. Siglas: BA, Biblioteca da Ajuda, Lisboa; BNL, Biblioteca Nacional de Lisboa; BNE, Biblioteca Nacional, Madrid.

² De la estancia de D. Manuel en África nos informa un *Memorial* de su tío, el obispo Jorge de Ataíde, fechado en Valladolid, 15 de agosto de 1603, BA, Ms. 51-IX-9, fols. 254r-256v. Se trata de una solicitud de mercedes dirigida por el prelado al rey Felipe III (II de Portugal) en el que, entre otras cosas, se insta a la concesión de la encomienda de Langroiva a Manuel de Ataíde que «foy a Africa com el Rey dom Sebastião», *Memorial*, cit., fol. 255v para la cita

³ El 20 de enero de 1603 fallecía su padre António de Ataíde, segundo conde de Castanheira. MACHADO, Diogo Barbosa, *Bibliotheca lusitana historica, critica, e cronológica na qual se comprehende a noticia dos authores portuguezes, e das obras, que compuserão desde o tempo da promulgaçãõ da Ley da Graça até o tempo prezente*, I, Lisboa Occidental, Na Officina de António Isidoro da Fonseca, 1741, p. 211.

⁴ Sobre la edad y la condición de D. Manuel en el momento que realizaba su viaje nos informa el citado *Memorial* de Jorge de Ataíde, donde se dice expresamente que «o Conde

fue recogiendo, y haciendo trasladar, notas de viaje que, una vez reelaboradas, aunque de forma mínima, se convirtieron en el *Discurso nas jornadas que fiz a Montserrat*, manuscrito cuyo original se conserva en la Biblioteca do Palacio Nacional da Ajuda en Lisboa y cuya edición completa anotada estamos preparando⁵.

La calidad de, valga la expresión, lo que dice este viajero en su *Discurso* puede juzgarse con sólo considerar dos pequeñísimas muestras entresacadas de sus notas. Por ejemplo, tras abandonar Zaragoza, la invernal jornada del 12 de enero de 1603 se dedicó a recorrer el camino que separaba Alagón de Gallur. Al final del día, ya en esta última localidad, Ataíde apuntó: «Chegei hum pouco de noite ao lugar por as dificuldades do caminho, o qual passei com muita musica, ainda que mal concertada, porque mandei que toda a companhia cantase como soubese» [fols. 44v-45r]. Un mes antes, los viajeros, que podemos imaginar atemorizados y cantando por los helados campos de Aragón, habían llegado a la villa soriana de Serón de Nágima, donde les esperaba un recibimiento no menos musical:

Aos 10 di dito mes parti de Almação depois de comer e fui dormir dali quatro legoas a huma villa chamada Seron, de quinhentos visinhos, do marques de Possa. Em todas estas quatro legoas não sessou a tempestade de geada que cayio e muita neve com grandes ventos. Mas todo se recopirou na pousada com acharmos mui fumosentos abrigados. Aquí me vierão primeiro dar a salua os mancebos do lugar com seu atambor e folia com hum Rey que por toda esta terra costumão elejer de entre si por sortes neste tempo do Natal e costumão andar de noite pellas pousadas e dão a salua aos pasageiros com bailharem e dizerem bons ditos e depois se contentão com o que lhe dão [fol. 10r].

Lo que aquí describe el caballero portugués no es otra cosa que su encuentro con la carnavalesca compañía de solteros del lugar que elegían un rey de los mozos y que, después de cantar y bailar, recibían un aguinaldo navideño⁶. Pero conviene destacar que, aunque existen de hecho testimonios

dom Manoel, meu sobrinho, filho de meu irmão (que he ja de cincoenta annos e muito enfermo)», cit., fol. 255v.

⁵ ATAÍDE, Manuel de, *Discurso do Conde da Castanheira nas jornadas que fez a Valhadolid e d'ali a Nossa Senhora de Montserrat em Aragão, a Catalunha e Navarra, desde 1602 athe 1603*, BA, Ms. 52-VIII-44. En 1634, el manuscrito del *Discurso* se encontraba en poder de Jerónimo de Ataíde, sexto conde de Castanheira y sobre el que volveremos *infra*, pues figura en el inventario de su *Livraria* que se hizo ese año como «Jornada do Senhor Conde D. Manuel. Jornada. 4. Português. Manuscrito» dentro del «Caixão 6.A. de varios». Con otros códices de Jerónimo de Ataíde, el *Discurso* acabó ingresando en la biblioteca del Conde de Redondo y, desde aquí, en la de Ajuda. La proyectada edición anotada completa de este manuscrito será publicada por el Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas de la Universidad de Salamanca. A partir de este momento, indicaremos en el texto la procedencia de las citas en el *Discurso nas jornadas* añadiendo el número de folio entre paréntesis cuadrados al finalizar éstas.

⁶ Remitimos a los clásicos DELUMEAU, Jean (dir.), *La mort des pays de Cogne. Comportaments collectifs de la Renaissance à l'âge clasique*, París, Publications de la Sorbonne, 1976; y DAVIS, Natalie Z., «The reasons of misrule» en *Society and culture in early modern France*, Cambridge, Polity Press, 1987, pp. 97-123.

similares, los relatos de otros viajeros nobles de la época no suelen detenerse en señalar cómo ahuyentaban el miedo y el cansancio mediante una improvisada canción ni, tampoco, se preocupan en demasía de registrar las tradiciones de los rústicos que encontraban a su paso⁷.

A la luz de los intereses de la historiografía actual, este *roteiro* peninsular de Manuel de Ataíde se ha revelado un testimonio de no escaso valor para quien quiera conocer los usos culturales de la nobleza ibérica a comienzos del siglo XVII⁸. En apretada síntesis, el interés que merece el *Discurso nas jornadas* del conde de Castanheira puede cifrarse en tres grandes razones.

En primer lugar, destaca por las detalladas noticias que ofrece sobre prácticas y usos muy diversos que van siendo expuestos con relativa minucia. El hilo conductor es, claro está, el largo itinerario que lleva a los viajeros de los páramos castellanos o los pueblos de moriscos aragoneses al *moll* nuevo barcelonés y a la burgalesa capilla del Condestable. Por ello, es posible encontrar en el *Discurso* informaciones singulares relativas a cuanto les acontece a los peregrinos lusitanos, de quienes conocemos devociones, miedos y augurios, gustos y alguna que otra lectura, pero también un buen número de detalles sobre los villanos que encuentran en posadas o caminos y, muy en especial, de los caballeros que aparecen en su ruta, prestándose señalada atención a cómo son y cómo se presentan los otros nobles que les salen al paso en campos, villas y ciudades.

En segundo lugar, con sus más de sesenta folios, el códice de Ajuda es sobresaliente por su misma condición de testimonio material de la cultura escrita nobiliaria, en lo que tiene de escritura de notas, es decir, de anotaciones tomadas *in itinere*. Hecho esto en una primera persona que dota al relato de un infrecuente tono, a veces casi de confesión individual.

El *Discurso*, por último, también parece extraordinario por sus abundantes y minuciosas descripciones de antigüedades, edificios e imágenes cuya realidad visual, como el propio conde de Castanheira dice, se pretende pintar por escrito con mayor o menor éxito. Así, en distintos pasajes de su *roteiro* ibérico, Manuel de Ataíde llega a establecer un curioso y nada vulgar parangón entre lo que pueden la visión y la escritura. Por ejemplo, a su paso por la ciudad de Burgos visita la catedral, en la que admira su «grande e fermoso cruseiro com hum sinborio soberbo» y que le hace apuntar que «e de mais magestade do que se pode pintar por escrito» [fol. 58r-v]⁹.

⁷ Véase, a propósito de la invención de lo popular, BURKE, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991.

⁸ Conviene señalar que el *Discurso nas jornadas que fiz a Montserrat* no figuraba hasta ahora en el corpus de relatos de viajes del período, empezando por el monumental GARCÍA MERCADAL, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, 6 vols., Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 1999.

⁹ Cursivas nuestras.

De hecho, el número de los testimonios en los que se deja constancia de diversas realidades visuales, de la mirada lanzada sobre la desnuda naturaleza de los páramos o las sierras al ver detallado de antigüedades y edificios, pasando por la visión devocional de las imágenes sagradas y, a su manera, la estamental de su propia apariencia y del modo en que se muestran los otros estados, permitiría elevar un registro de diferentes maneras de mirar que se reunirían en una particular experiencia personal. A imitación del enfoque *how read*, que tan buenos resultados ha dado en la historia del libro y de la lectura¹⁰, podría imaginarse un *how saw* Manuel de Ataíde a través de su manuscrito *Discurso nas jornadas*.

Por ello, una de las perspectivas principales adoptadas en el presente artículo será, precisamente, intentar describir las diferentes maneras de mirar que testimonia el conde de Castanheira en sus notas de viaje de los años 1602-1603, siempre atento a dejar constancia de todo «o qual eu vi», incluso de que estaba, simplemente, viendo¹¹. Lejos de ser un hecho puramente natural, esa mirada, como otras realidades culturales, era una práctica construida entre lo personal y lo adquirido, con una fuerte presencia del género de la *descriptio topographica*¹².

Aparte de en sus muchos detalles descriptivos, así como en sus opiniones y juicios sobre lo que le sale al paso, es en este revelador juego de escalas donde radica una parte no pequeña del interés del *Discurso* del tercer conde de Castanheira. Porque la intención de este relato peregrino parece haber sido, claro está, crear memoria de lo sucedido en el viaje y testimoniar devociones e intereses, pero, más allá de lo puramente descriptivo, hay algo en él de intento de establecer que la actitud de su protagonista principal era y había sido, por supuesto, decidida, sacrificada, virtuosa y capaz. Así, en distintos pasajes del *Discurso*, Ataíde invoca a sus compañeros como testigos que darán fe de la determinación con la que él se ha enfrentado personalmente a los trabajos, dificultades y sufrimientos que se iban encontrando¹³. A la postre, el propio texto parece haber sido compuesto para que otros lo leyeran una vez concluida

¹⁰ El texto de referencia es el, hoy clásico, artículo de JARDINE, Lisa, y Anthony GRAFTON, «‘Studied for Action’: How Gabriel Harvey read his Livy,» *Past and Present* (Oxford) 129 (1990) pp. 30-78.

¹¹ La expresión surge en distintos pasos del *Discurso...*, cit., fols. 9r, 15v, 51v, 53v. Cfr. SHAPIRO, Gary, *Archaeologies of vision. Foucault and Nietzsche on seeing and saying*, Chicago, The Chicago University Press, 2003.

¹² Como ejemplo de los modelos retóricos de la descripción de lugares y de las realidades que se hallan en lugares, véase el muy influyente del jesuita CERDA, Melchor de la, *Apparatus latini sermonis per Topographiam, Chronographiam & Prosopographiam*, Hispali, excudebat Rodericus Cabrera, 1598.

¹³ Considérese este pasaje: «Depois de comer me parti e fomos aquelle dia antes da noite a Çaragoça, quatro legoas pequenas de La Muela, contra o pençamento dos companheiros porque não fazião conta de passarmos de La Muela aquelle dia, mas eu os deixei com a minha determinação frustrados e espantados porque não esperauão tanto de mim» [fol. 12v].

la peregrinación, circunstancia ésta que dota al relato del carácter demostrativo propio de las realidades intencionadamente fabricadas.

Al concluir su descripción de Zaragoza, el propio Castanheira anota un expresivo: «isto he em suma o que me pareseo mais de notar nesta tão insigne cidade, ainda que outras muitas [cosas] deixo com que se podera alargar esta memoria muito mais e não dera hastio a quem a lera se meu intento fora fazer historia dellas» [fol. 20r-v]. Con todo, dado lo muy notable del Hospital de Gracia de la capital aragonesa, adelanta a continuación que «não deixarei de passada de dar huma breue relação» de aquella institución. Repárese en que Manuel de Ataíde califica no de *historia*, pero sí de *memoria* a su *Discurso*, texto que en alguna otra ocasión calificará simplemente de *roteiro*, y que se apresura a dejar, aun de pasada, una breve relación de uno de los lugares más singulares que ha podido visitar, abriéndolo, así, a otros, presumibles lectores, en la confianza de que su lectura no les produciría ninguna clase de hastío.

De la misma forma que algunos padres obligaban a sus hijos a que les fuesen remitiendo cartas desde las distintas etapas de un viaje, como forma de controlar sus pasos, en el *Discurso nas jornadas* de Manuel de Ataíde hay algo de rendición de cuentas. Esa condición probatoria y, si se quiere, exculpatoria sale a relucir en ciertos pasajes de la obra, expresamente en una anotación hecha en la posada de Laguna de Duero, ya de regreso hacia Portugal, el 31 de enero de 1603. Entonces, nuestro escritor peregrino apuntó que Fernão Alvares de Castro le anunciaba el fallecimiento de su padre, António de Ataíde, exactamente a la una de la tarde de ese día. Y el que sería nuevo conde de Castanheira añadió: «Bem parece polo descurso deste roteiro e das meudesas nele apontadas e notadas ser falsa a fama que de mym correo nesta minha ausencia» [fol. 63v].

En suma, envuelto por el doble halo del modelo y del retrato caballerescos, el *Discurso nas jornadas* de Manuel de Ataíde parece corresponder a las categorías de la representación¹⁴, sin que, por supuesto, podamos desatender su importancia como fuente que nos informa sobre la concreta realidad que el viajero describe. De esta forma, el texto se usa para dejar constancia del tesón y de la actitud esforzada del viajero, de la capacidad de resistencia y decisión, que lo calificarían como señor y digno heredero de su linaje. Por ejemplo, aquella pequeña anécdota de que había puesto a cantar a su atemorizada y cansada compañía en el difícil paso de Alagón a Gallur cobra un sentido político si la consideramos una prueba de su capacidad de mando, evocando el tópico del señor como maestro de capilla¹⁵. Al mismo tiempo,

¹⁴ La evocación del pensamiento de Louis Marin parece ahora especialmente pertinente, remitiendo, en concreto, a MARÍN, L., *De la représentation*, París, EHESS-Gallimard-Le Seuil, 1994.

¹⁵ Véase el tópico en BOUZA, Fernando, «Dissonance dans la Monarchie. Une fiction musicale de la politique baroque autour du mouvement portugais de 1640», SCHAUB, J.F.

sus notas probaban, también, que era hombre devoto y de gusto, tal y como se mostraba en sus continuas visitas a santuarios y en sus detalladas descripciones de antiguos y modernos edificios.

A este respecto, conviene señalar ahora que los Castanheira de Ribatejo, de los que D. Manuel se convertiría en cabeza en medio del camino, no eran en modo alguno una casa cualquiera dentro de la historia portuguesa más reciente.

1. Los Ataíde de Castanheira: memoria personal y memoria de una casa nobiliaria entre los Avís y los Felipes

En apresurada síntesis conviene señalar que el autor del *Discurso nas jornadas* era nieto de António de Ataíde y Ana de Távora, primeros condes de Castanheira, padres de los hermanos António y Jorge de Ataíde. Aquél les sucedió en el título condal y éste, obispo de Viseo, se convirtió en uno de los eclesiásticos más importantes del Portugal contrarreformista. La sucesión de la casa, sin embargo, se había complicado no poco a comienzos del siglo XVII cuando, en enero de 1603, muere el segundo António de Ataíde.

Al Conde, que se había casado en tres ocasiones, le sucedió Manuel de Ataíde, nuestro viajero, fruto de su segundo matrimonio con Bárbara de Lara, de la casa de Vila Real¹⁶. A su vez, contrajo dos matrimonios, el primero con María de Noronha, naciendo de esta unión João de Ataíde, quien le sucedería en el título como cuarto conde, y el segundo con su sobrina Guiomar de Ataíde, hija de su medio hermana Ana de Ataíde y de Henrique de Portugal, de la casa de Vimioso. Para no dejar de enredar la ya de por sí compleja selva genealógica, D. João, el cuarto Conde, contrajo también sendos matrimonios, el segundo de los cuales con Lourença de Vilhena, hija de su abuelo, António de Ataíde y de su tercera esposa, sin que de este matrimonio de tía y sobrino hubiese sucesión. Por ello, el título condal pasó a recaer en un hermano del viajero D. Manuel, también llamado António de Ataíde. Casado con Ana de Lima Pereira, éste, quinto conde de Castanheira y gobernador de Portugal, unió a la casa el título de Castro Daire y garantizó la sucesión familiar en la figura de Jerónimo de Ataíde,

(ed.), *Recherche sur l'histoire de l'état dans le monde ibérique (15e-20e siècle)*, Paris, Presses de l'École Normale Supérieure, 1993, pp. 87-99.

¹⁶ Manuel de Ataíde debió nacer *circa* 1550, en atención al testimonio de Jorge de Ataíde de que, en el verano de 1603, el tercer Conde tenía más de cincuenta años; *Memorial de BA*, Ms. 51-IX-9, cit., fol. 255v. Vivía todavía en 1611 cuando acudió a visitar a D. Jorge, su tío, que agonizaba, véase ALVARES, Tomé, *Vida do bispo capelão-mor D. Jorge d'Ataide*, BNL, Cod. 13117, fol. 96v.

sexto conde de Castanheira, segundo de Castro Daire y primer marqués de Colares¹⁷.

De esta forma, el «meu filho, Dom João» que inicia el viaje con nuestro peregrino a Montserrat ha de ser identificado, obviamente, con João de Ataíde, quien había de ser cuarto conde de Castanheira¹⁸. Jorge de Ataíde es, claro está, el «meu tio e senhor bispo» de quien Manuel de Ataíde espera orden para regresar a Portugal entre finales de enero y comienzos de abril de 1603 y, a su vez, la «Dona Guiomar» para quien compra regalos en la corte y desea ver tan pronto como pueda no es otra que su sobrina y segunda esposa Guiomar de Ataíde, a la que siempre se llama la *condesa*¹⁹.

El miembro más conspicuo, sin duda, del linaje de Castanheira había sido el abuelo del viajero, António de Ataíde uno de los personajes principales de la corte de Juan III de Avís, quien, en 1532, lo elevó a la condición de titulado y siempre tuvo en él uno de sus principales consejeros, encomendándole importantes embajadas y oficios en el gobierno del reino²⁰. Entre los rasgos que sobresalen en la figura, además de su importancia en la particular historia lusitana del valimiento político, parecen destacarse, de un lado, su patronazgo de la nueva arquitectura a lo romano y, de otro, una curiosa vinculación a la tratadística áulica²¹.

¹⁷ Véase el cuadro genealógico al final de este trabajo. Ha sido confeccionado sobre la base de los «Arvores da descendencia da Casa da Castanheira», BNE, Ms. 11751, sin foliar; y del árbol de los Colares de BA, Ms. 49-XIII-26, fols. 2r-3r.

¹⁸ Parece que João de Ataíde sólo acompañó a su padre en el recorrido de Lisboa a Laguna de Duero, en las proximidades de Valladolid, sin que haya constancia en el *Discurso* de que continuara la peregrinación hasta Montserrat.

¹⁹ Véase este párrafo: «Aqui neste lugar de Laguna estíue de 23 de Janeiro ate a 9 de abril de 603 esperando orden de meu tio e senhor bispo pera me uir pera Portugal que tanto deseiaua de uer a Condeça minha sobrinha dona Guiomar de Taide com a qual me deixe nosso senhor viuer muitos annos pera lhe faser muitos seruiços e quem lhe pesar, enforqueçe. Neste tempo que estíue neste lugar me proui da corte alguns brincos para traser a condessa e muito mais lhe trouxera se Pero Borges me mandara dinheiro como lhe mandei pedir» [fol. 64r].

²⁰ Véanse las numerosas referencias a Castanheira en SOUSA, Luís de, *Anais de D. João III*, prefacio y notas de M. Rodrigues Lapa, 2 vols., Lisboa, Sá da Costa, 1951-1954; FORD, Jeremiah D.M. y Lucius G. MOFFATT (eds.), *Letters of the court of John III, king of Portugal. The Portuguese text*, Cambridge (Mass.)-Londres, Harvard University Press-Humphrey Milford-Oxford University Press, 1933; y, ahora, BUESCU, Ana Isabel, *D. João III*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2005.

²¹ Sobre su mecenazgo arquitectónico, RIBEIRO, José Alberto, «A capela sepulcral dos Ataíde no convento de Santo António da Castanheira», *Boletim cultural Cira* (Vila Franca de Xira) 6 (1993-1994) pp. 33-44; pero, en especial, el magnífico estudio de LUZIO, Luísa França, «D. António de Ataíde, 1º Conde da Castanheira e o patrocínio da arquitectura ao romano na primeira metade do século XVI» en CARNEIRO, Roberto y Artur Teodoro de MATOS (eds.), *D. João III e o Império. Actas do Congresso Internacional comemorativo do seu nascimento*, Lisboa, CHAM-CEPCEP, 2004, pp. 1013-1046, que constituye una sucinta, pero importante y bien resuelta, semblanza política y cultural de D. António. Agradezco a la Profesora Ângela Barreto Xavier su inestimable ayuda a propósito de la figura del primer conde de Castanheira.

Su consideración como cortesano casi perfecto sale a relucir, por ejemplo, en el elogio que le dedica el jesuita Baltasar Teles en su *Chronica*, donde Castanheira es presentado como «verdadeiro exemplar de toda a modestia, de toda honra, & de toda a fidalguia portuguesa»²². Por eso, no es de extrañar que su nombre sea habitual en recopilatorios áulicos como las *Istorias e ditos galantes que sucederão e se disserão no Paço*²³ ni que de él corrieran distintas anécdotas, como la del siguiente diálogo mantenido con Carlos V. En cierta ocasión, el Emperador le había dicho: «D. Antonio, los Reyes no nos podemos ver, pero por las personas que nos embían jugamos dellos y assí porque el Rey mi hermano [Juan III] os tiene por valido suyo jusgo yo quál será el Rey que tal vassallo tiene». A lo que Castanheira, poniendo la rodilla en tierra, respondió: «No sé cómo pagar esta honrra, sino con dezir a V.Mg. que es la persona más paressida al Rey, mi señor, que he visto»²⁴.

La memoria del primer Conde será atesorada con enorme cuidado por sus descendientes, Castanheira, Castro Daire y Colares. Así, ya en el XVII, el cronista Luís de Sousa pudo escribir sus *Anais de D. João III* contando con la ayuda de algunos volúmenes manuscritos de tiempos de D. António que le franqueó su biznieto Jerónimo de Ataíde²⁵. Éste reunió distintos materiales «pera a vida» de su ilustre antepasado, entre los que, no por azar, se encuentran algunos dichos y hechos memorables, como el juicio antes referido que le mereció a Carlos V o como que «mandava al capellán de la Fos [*i.e.* Quinta da Foz] que enseñasse la doctrina a los pastores y porque no se corriessen los grandes, si se hallava allí, disía con ellos la dotrina»²⁶.

Si ésta era la imagen que los Castanheira guardaban de su antepasado mayor, quizá no sorprenda tanto que Manuel de Ataíde se detuviese en anotar con relativo detalle las rondas de los mozos de Serón de Nágima. De la misma forma, la memoria del primer Conde también estaba llena de referencias a su patronazgo arquitectónico y en esos mismo puntos *para su vida* es posible encontrar también los ecos de «os edificios que fes», destacándose su

²² TELES, Baltasar, *Chronica da Companhia de Jesu, na Provincia de Portugal; e do que fizeram, nas conquistas d'este Reyno, os religiosos, que na mesma Provincia entrãram, nos annos em que viveo S. Ignacio de Loyola*, Lisboa, por Paulo Craesbeeck, 1645, p. 54.

²³ LUND, Christopher L. (ed.), *Anecdotas portuguesas e memórias biográficas da corte quinhentista. Istorias e ditos galantes que sucederão e se disserão no Paço. Contendo matéria bibliografica inédita de Luís de Camões e outros escritores do século XVI*, Coímbra, Livraria Almedina, 1980, pp. 71-72 y *passim*.

²⁴ «Pera a vida de Dom António de Atajde 1º Conde da Castanheira», BNE, Ms. 11751, fols. 131r.-v.

²⁵ Véase SOUSA, Luís de, *Anais*, II, p. 227 [«seis livros do conde da Castanheira, mandados por D. Jerónimo d'Ataíde, filho do Conde de Castro[daire]»]. En el código, ya citado, BNE, Ms. 11751, que fue, precisamente, de Jerónimo de Ataíde, se recoge un interesante «Papeis mais importantes dos livros de meu visavó», fols. 101r.-105v.

²⁶ «Pera a vida de Dom António de Atajde...», cit., fol. 131v.

intervención en el convento de Santo António da Castanheira²⁷. Un lugar que era identificado con la casa condal y con su memoria²⁸, incluso por los mismos reyes.

El 13 de junio de 1581, Felipe II (I de Portugal), que se dirigía hacia Lisboa a bordo de un pequeño navío por el río Tajo, tras dejar Tomar, escenario de las cortes que lo habían entronizado como rey, se encontraba en las cercanías de Santo António da Castanheira y se decidió a visitar este convento de frailes descalzos. En él, su Majestad oyó misa²⁹.

El acto constituía una elocuente demostración de la devoción del nuevo monarca hacia un santo lusitano, cuyo recuerdo veneraba de manera solemne el mismo día en el que se conmemoraba su culto³⁰. Pero, además, pocos debieron pasar por alto que aquella visita también suponía un reconocimiento expreso a los patronos del convento: los Ataíde de Castanheira, la familia del poderoso Jorge de Ataíde, obispo de Viseo y *capelão-mor*, que se había destacado por su apoyo a la candidatura filipina durante la cuestión sucesoria de 1580³¹.

En una de las capillas de la iglesia conventual reposaban los restos del tan elogiado António de Ataíde, primer conde y padre del influente prelado. Hijo devoto, por otra parte, el clérigo se había ocupado de que Pío IV concediese indulgencia plenaria a cuantos «visitarem a [dicha] igreja todos

²⁷ *Idem*, fol. 131r.

²⁸ Sobre la memoria arquitectónica de la casa, remitimos, de nuevo, a LUZIO, L.F., «D. António de Ataíde...», cit.

²⁹ Es el propio monarca quien relata su visita a sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela en una de sus célebres epístolas lusitanas. *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid, Akal, 1998, pp. 42-43 [§ IV, Almada, 26 de junio de 1581].

³⁰ Este tipo de gestos no dejaría de ser necesario después de que durante el período 1578-1581 algunos santos lusitanos hubieran sido movilizados en defensa de un candidato nacido en Portugal como sucesor en el trono de los Avís, lo que excluiría D. Felipe de la disputa sucesoria. Así, Francisco Cano le escribía al secretario real Gabriel de Zayas, en octubre de 1579, que una mujer había rezado en la catedral de Lisboa «puesta delante de la capilla del santísimo sacramento: Señor, sancto sacramento, por la paixão de Jesuchristo que rogueis a saon Gonçalo de Amarante que naon deixe vir a esta terra os castelhanos que dizem que saon muito maa gente. Por esta bestial devoción verá vuestra merced quán bestial es también la indevoción que tienen. San Gonçalo de Amarante fue sancto portugués, por esto parece que convenía que el señor sancto sacramento pidiese su socorro». *Francisco Cano a Gabriel de Zayas*, Atalaia da Ventosa, 26 de abril de 1579. Cito por la copia del original hecha por Antonio Aguilar y Cano en su manuscrito *Epistolario del Maestro Cano. Primera serie. Cartas anteriores a su elevación al obispado*, Madrid, ex libris Escrigas Galán, fols. 614r-615r. Sobre la movilización del santoral lusitano, véase MARQUES, João Francisco, *A parenética portuguesa e a dominação filipina*, Oporto, INIC, 1986.

³¹ Un testimonio de la época lo presenta como «persona venerable y reputado por santo, el cual en los negocios de Portugal había favorecido la parte de su Majestad», JUAN DE SAN JERÓNIMO, *Memorias*, Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, VII, Madrid, Viuda de Calero, 1845, pp. 363-364. Para el personaje, OLIVAL, Fernanda, *D. Filipe II*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2006, p. 134.

os dias de Pascoa, de S. António & da morte do mesmo Conde [de Castanheira]»³². Para ganar la indulgencia sólo había que rezar por el alma del difunto uno de esos tres días y es de imaginar que su Majestad Católica así lo haría.

Vuelto de Portugal a Castilla, apenas dos años después de su paso por el convento-panteón, Felipe II se dirigió a El Escorial en el mes de marzo de 1583, aún antes de entrar en Madrid. Ordenó que se dijese las exequias de la reina Ana de Austria y se detuvo en considerar los avances hechos en la construcción del monasterio durante su ausencia. Fray José de Sigüenza da cuenta del episodio señalando que: «Entró después a dar una vuelta por la casa, mostrándosela al Obispo de Viseo, Capellán mayor de su Majestad, y aun subió a ver lo alto del cimborio o cúpula de la iglesia, que estaba ya desembarazada de los andamios y grúas»³³.

Siempre interesado, como su padre, en cuestiones de arquitectura, una «materia de muito meu humor e em que cuido que posso falar diante de quaesquer architecto», como él mismo escribió³⁴, Jorge de Ataíde debió disfrutar de la visita. Pero, sobre todo, en su extensa familia se guardó el recuerdo de la rara circunstancia de que hubiera sido el propio Felipe II quien, en persona, le hubiese enseñado El Escorial. De este modo, a ese paso se le da un especial relieve en unas *Memorias de la vida y muerte* en las que se recogen las glorias del obispo de Viseo, *capelão-mor*, añadiéndose que «aún en los material de la fábrica se conformó su Magestad con el parecer y dictamen del obispo cuja firma se halla en la inscripción de algunos altares de San Lorenzo»³⁵.

Aun antes de llegar al *Discurso nas jornadas* de Manuel de Ataíde, la tradición de los Castanheira por contar con vidas ejemplares en textos de relación no se limita a esas *Memorias*, absolutamente plagadas de dichos y hechos para quienes han de vivir en palacio. El primer Conde, principal responsable de la fortuna de la casa, se había iniciado ya en el género con enorme fortuna.

³² MANOEL DA ESPERANÇA, *Historia serafica da ordem dos frades menores de S. Francisco na provincia de Portugal... segunda parte*, Lisboa, Officina Craesbeeckiana, 1666, p. 521. La muerte de António de Ataíde se había producido el 7 de octubre de 1563.

³³ JOSÉ DE SIGÜENZA, *La fundación del monasterio de El Escorial*, Madrid, Turner, 1986, p. 101.

³⁴ *Jorge de Ataíde a Cristóbal de Moura*, Madrid, 1 de agosto de 1590, BNL, Ms. 208-36.

³⁵ Así se recoge expresamente en las *Memorias de la vida y muerte del Illmo. y Rmo. Sr. D. Jorge de Ataíde, Obispo de Viseo, hijo de António de Ataíde, conde de Castanheira*, BNM, Ms. 11751, fol. 13r, «[...] mostrándole por su Real persona toda la obra, refiérela el insigne historiador fray Josef de Sigüenza». Existen varias copias de estas *Memorias*, pero la que aquí citamos proviene de la biblioteca de Jerónimo de Ataíde, marqués de Colares, quien habría sido responsable de la traducción al castellano del original portugués si atendemos a una nota marginal que aparece junto a una copia de su texto en el códice BA, Ms. 51-IX-9, fols. 282r-298v.

El año de la muerte del monarca Avís, 1557, D. António firmaba en Lisboa un extraordinario *Papel* de naturaleza biográfica que, de hecho, es una suerte de prontuario de corte y facciones tejido en torno a la descripción de su modo de vida. «Parecome —escribe el Conde— que convinha a minha casa dar razão de mim a meus filhos e aos outros descendentes meus a que chegar a lembrança do modo da minha vida e do muito e mui continuado serviço que tenho feito a elRey nosso senhor»³⁶.

El *Papel*, como tantos otros, corrió manuscrito y, con un pie de imprenta madrileño, fue editado en 1598, lo que quizá constituye una rareza mayor para este tipo de instrucciones³⁷. A este respecto de la difusión renovada del *Papel* quizá merezca la pena señalar la extraña coincidencia de que un texto áulico compuesto el año de la muerte de Juan III se editara en el momento del fallecimiento de Felipe II.

En el complejísimo panorama finisecular del Portugal de los Felipes, en el que, ignorando la merced real de proveer exclusivamente el virreinato en personas de sangre real, se designaba a Cristóbal de Moura como nuevo virrey de Portugal, algunos proponían a los *fidalgos* que se convirtieran en celosos defensores de los privilegios regnícolas en detrimento, incluso, de su propio adelanto personal. En ese contexto no debió dejar de tener nuevos ecos la propuesta del viejo Ataíde de explicar a sus descendientes cuál había sido su conducta y las razones por las que no dejaba engrandecidos a sus herederos, como hubiera podido, «aconselhando com seu exemplo que estimassem mais o bom nome que a muita fazenda»³⁸.

Por aquellos años, desde su tribuna privilegiada en el Conselho de Portugal que residía en Madrid, Jorge de Ataíde se destacó por sus críticas a las innovaciones que pudieran introducirse en el estatuto que gozaba el Reino en el seno de la Monarquía Hispánica³⁹. Y era este mismo influyente conse-

³⁶ Cito por ATAÍDE, António de, *Copia do papel que o Conde da Castanheira, valido delRey Dom João o 3º deixou a seus deçendentes* [Lisboa, 10 de enero de 1557], BNE, Ms. 11751, fols. 24r-27v. Para la cita, fol. 24r. Otra copias en BNE, Ms. 9524, fols. 20r-28v; y BNL, Ms. 207-83.

³⁷ ATAÍDE, António de, *Copia d'hum papel, em que Dom Antonio d'Attayde primeiro Conde da Castanheira deu rezão de si a seus filhos, e descendentes*, Madrid, Na Empresa Real, 1598 [BNL RES. 3853 P; BNL RES 2889 P]. Sobre la fortuna manuscrita, antes que impresa, de esta clase de textos, véase BOUZA, Fernando, «Vies de palais: les biographies manuscrites comme manuel de cour», *Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian* (Paris) 39 (2000) pp. 63-85. Sobre el género, CARVALHO, José Adriano de Freitas, «As Instruções de D. Francisco de Portugal, Marquês de Valença, a seus filhos. Um texto para a Jacobea?», *Península. Revista de Estudos Ibéricos* (Oporto) 1 (2004) pp. 319-347.

³⁸ TELES, *Chronica*, p. 54. Compárese con «el Conde dejó escrito un papel de disculpa a sus descendientes pues que siendo tanta su valía [*i.e.* valimiento] no dejara mejorada su casa», BNE, Ms. 11751, fol. 150v.

³⁹ BNE había sido especialmente crítico con la designación del toledano Juan de Silva como uno de los miembros del colegio de gobernadores que se designó a la salida del Archiduque Alberto de Austria del virreinato luso a comienzos de la década de 1590.

jero en materias portuguesas quien estaba detrás de la impresión del *Papel* que su padre había compuesto en 1557 y que veía la luz de la imprenta en 1598⁴⁰. Igualmente, un sobrino suyo, António de Ataíde, se encuentra directamente vinculado a la edición, en 1605, de otro texto en el que rezuma toda la cultura de la corte de Juan III como son las *Sentenças de Dom Francisco de Portugal, primeiro conde do Vimioso*, obra dirigida a la «verdadeira nobreza onde quer que está», visto que «apenas se achem oje nas praças as reliquias desta mesma nobreza, se não ou mal compostas ou bem contaminadas da cobiça»⁴¹.

El responsable de la edición y de este juicio tan duro sobre la situación de la *fidalgua* lusitana era Henrique de Portugal, nieto del sentencioso conde de Vimioso y padre de Guiomar de Ataíde, la esposa del autor del *Discurso nas jornadas*. A su vez, el António de Ataíde que animó a que se publicase la obra no era otro que el futuro quinto conde de Castanheira y primero de Castro Daire⁴², quien auguraba que «resuscitará neste Reyno a pureza com

⁴⁰ El original del texto era conservado en el archivo de sus herederos Castanheira-Castro Daire-Colares en Madrid a mediados del siglo XVII, TELES, *Chronica*, p. 54. Para establecer la responsabilidad de D. Jorge en la edición madrileña del *Papel*, BNE Ms. 11751. fol. 167v: «[...] papel, que su hijo el obispo Don Jorge de Attaíde, capellán mayor de su Magd. hizo emprimir después de su muerte». El interés de D. Jorge por las materias tipográficas era muy alto y, según recordaba Tomé Alvares en su *Vida do bispo capelão-mor*, cit. (fol. 92v.), le había dicho en cierta ocasión que «se tivera menos idade haueramos de mandar a Anvers imprimir certos livros com os quaes se fisera muito serviço a Igreja Romana». El propio Alvares se hace eco de su correspondencia con Moretus en Amberes (*ibidem*). Sobre la actividad impresora de Jorge de Ataíde como obispo de Viseu, véase ANSELMO, António Joaquim, *Bibliografia das obras impressas em Portugal no século XVI*, Lisboa, Oficinas gráficas da Biblioteca Nacional, 1926, núms. 719-722 (Manuel João) y 919 (António de Mariz y Manuel João).

⁴¹ PORTUGAL, Francisco de, *Sentenças de Dom Francisco de Portugal, primeiro conde do Vimioso. Impressas por ordem de Dom Anrique de Portugal, seu netto. Deregidos à nobreza deste Reyno*, S.I. [Lisboa], 1605. Las citas provienen de una epístola de Henrique de Portugal «À nobreza deste Reyno», sin foliar. Hay ediciones modernas: PORTUGAL, Francisco de, *Sentenças [...] seguidas das suas poesias publicadas no cancioneiro de Garcia de Resende*, edición de Joaquim Mendes dos Remedios, Coimbra, França Amado Editor, 1905; y edición de Valeria Tocco, Viareggio, Baroni, 1997. En alguna ocasión se ha creído que el António de Ataíde que animaba a Henrique de Portugal a la edición de las *Sentenças* de Vimioso era el segundo conde de Castanheira, pero ha de ser identificado con el quinto Conde, pues en la epístola «À nobreza deste Reyno» se dice textualmente: «com muita causa me reprimia o Senhor Dom Antonio d'Attayde meu conhado»; a su vez, en la carta de «Dom Antonio d'Attaide a Dom Anrique de Portugal» se señala que «o primeiro Conde da Castanheira meu auo». El segundo Conde, sin embargo, era hijo del gran cortesano de D. Juan III y suegro de Henrique de Portugal, quien se casó con Ana de Ataíde, fruto de su primer matrimonio.

⁴² Henrique de Portugal, insistimos, señala que había sido una carta que le había enviado António de Ataíde la que le había movido a publicar las *Sentenças*. La epístola, fechada en Alcobaça, a 10 de enero de 1601, fue también publicada entre los preliminares, como «[Carta] De Dom António d'Attaide a Dom Anrique de Portugal», *Sentenças*, sin foliar. No obstante, la aprobación del Santo Oficio es de 13 de enero de 1598. Repárese en que la fecha de la carta de Ataíde es la misma que la del antes citado *Papel* del primer conde de Castanheira.

que os passados tratavam a honra, & restituyrá aos homens este legado que lhes deixou o entendimento do Conde [de Vimioso]»⁴³.

Teniendo en cuenta el desenlace final del Portugal de los Felipes, resulta extraordinariamente compleja la interpretación de un pasaje como éste, que casi se diría inflamado de espíritu restaurador con sus llamamientos a la *resurrección y restitución* de la nobleza portuguesa. No obstante, los Ataídes de Castanheira no terminaron inclinándose por los restauradores portugueses en la crítica coyuntura de 1640, siendo detenido en Lisboa el quinto Conde en 1641 como supuesto participante en la conjura nobiliaria contra el Duque de Braganza y manteniéndose, en Madrid, fiel a Felipe IV (III de Portugal) el sexto Conde durante el conflicto. Por el contrario, la casa parece haber sido fiel al Portugal de los Felipes tal y como había sido diseñado en las cortes de Tomar de 1581. Un Portugal agregado sobre la base de la colaboración con los *fidalgos* que, como ya se ha señalado, los Ataíde de Castanheira habían ayudado a nacer en 1580 y en cuyo gobierno habían participado, tanto en el Conselho que residía junto al monarca en la corte como en su gobierno delegado en el Reino⁴⁴.

Lejos todavía el horizonte de 1640, la recuperación de los viejos valores de la corte de Juan III, donde brillaron Castanheira y Vimioso, podía servir a la reivindicación del protagonismo nobiliario en el gobierno portugués. Ese comienzo del XVII es, por supuesto, el tiempo de las *cortes en la aldea* que cantó Francisco Rodrigues Lobo, llenas de *fidalgos* generosos y bien criados, autores de buenos dichos y de mejores hechos⁴⁵. Como en otros lugares de Europa, la nobleza se define cada vez más por sus valores éticos y éstos se expresan en prácticas culturales selectas y muy determinadas que se encaminan a la barroca definición del virtuoso⁴⁶.

Entre devoto y curioso se presenta nuestro Manuel de Ataíde en su *Discurso nas jornadas* de 1602-1603, caballero y señor por los caminos. A punto

⁴³ «[Carta] De Dom António d'Attaide a Dom Anrrique de Portugal», *Sentenças*, sin foliar.

⁴⁴ Nos ocupamos de esta cuestión en BOUZA, Fernando, *Portugal no tempo dos Filipes. Política, cultura, representações (1580-1668)*, Lisboa, Cosmos, 2000, al que remitimos. Una interesante descripción de la situación de los Ataíde de Castanheira en torno a la crisis de 1640, con noticias sobre la situación del quinto Conde en la conjura de 1641, se puede encontrar en BNE Ms. 11751, fols. 152r-153r.

⁴⁵ Véase la excelente introducción con la que José Adriano de Freitas Carvalho acompañó su edición de LOBO, Francisco Rodrigues, *Corte na aldeia*, Lisboa, Editorial Presença, 1991, máxime el epígrafe «Um título e as suas circunstâncias», pp. 33-42.

⁴⁶ AGUZZI BARBAGLI, Danilo, «La difesa di valori etici nella trattatistica sulla nobiltà del secondo Cinquecento», *Rinascimento* (Florencia) 29 (1989), pp. 377-427; BRUNNER, Otto, *Vita nobiliare e cultura europea*, Bologna, Il Mulino, 1982; KOENIGSBERGER, Helmut G., *Politicians and virtuosi. Essays in early modern history*, Londres, Hambleton, 1985; y MILLER, Peter N., *Peiresc's Europe. Learning and virtue in the Seventeenth Century*. New Haven-Londres, Yale University Press, 2000.

de convertirse en tercer conde de Castanheira y, a lo que parece, necesitado de demostrar su egregia condición, fue anotando con todo detalle las circunstancias de su peregrinar, dejando constancia de su resolución ante las dificultades, de su capacidad de decisión, de su mucha devoción y de un interés por lo arquitectónico que le lleva a llenar de descripciones su *roteiro* peninsular. Como ya hemos indicado, no parece casual que, con mucho, sean las descripciones de edificios y antigüedades las que ocupen un mayor espacio en su manuscrito, no en vano la memoria de su casa estaba presidida por el recuerdo de las empresas arquitectónicas de António y de Jorge de Ataíde. Pero qué vio y cómo vio Manuel de Ataíde.

2. ¿Qué vio y cómo vio Manuel de Ataíde?

El itinerario peninsular de Manuel de Ataíde puede dividirse en tres grandes etapas, separadas por estancias más o menos prolongadas en las cercanías de Valladolid, encrucijada principal del viaje y donde, a la sazón, se encontraba su tío Jorge de Ataíde. En la primera de estas etapas, del 16 de octubre al 6 de noviembre de 1602, se recorre la distancia que va de Lisboa a Laguna del Duero, habiendo entrado en Castilla por la *raia* de Arronches-Alburquerque. Tras una breve estancia en Laguna, sin que nuestro viajero recoja ninguna nota de un presumible paso por la corte vallisoletana, se reinicia la jornada el 4 de diciembre y, río Duero arriba, se llega a tierras aragonesas en una semana. Tras detenerse en Zaragoza durante unos cuantos días, los portugueses entran en Cataluña y alcanzan, el 21 de diciembre, el santuario de Montserrat, desde donde se dirigen a Barcelona, ciudad desde la que desandan su camino regresando a la capital aragonesa, adonde regresan el 5 de enero de 1603. Desde Zaragoza, pasando por Tarazona y Ágreda, se dirigen de nuevo a Castilla. Cruzando los Montes de Oca en pleno enero invernal, llegan a Burgos y desde esta ciudad pasan, de nuevo, a Laguna de Duero el 23 de enero de 1603.

Aquí sorprende a Manuel de Ataíde la noticia del fallecimiento de su padre y queda a la espera de que su tío, el obispo D. Jorge, le autorice a regresar a Portugal. La tercera y última etapa del viaje comienza el 10 de abril y, vía Medina del Campo y Salamanca, los viajeros vuelven a cruzar la frontera por Alburquerque-Arronches, llegando a la solariega Quinta da Foz el 23 de abril, donde concluye el viaje y el *Discurso* de sus jornadas⁴⁷.

⁴⁷ El itinerario completo sería éste: *16 de octubre a 6 de noviembre de 1602*, Lisboa-Vilalonga-Povos-Castanheira-Azambuja-Cartaxo-Santarém-Quinta do Cidral-Santo Estácio-O Chouto-Ponte de Sor-Vila Formosa-Venda de Vila Formosa-Alter do Chão-Assumar-Arronches-Albuquerque-Tejarejo-Arroyo del Puerco-Barcas de Alconétar-Cañaverál-Cañaverál-Aldehuela-Galisteo-Carcaboso-Cárpara-Lagunilla-Montemayor-La Calzada-Fuentes de Béjar-La

El manuscrito de la Biblioteca de Ajuda presenta varias manos, una de las cuales es, sin duda, la del propio tercer conde de Castanheira⁴⁸, quien realizó algunos añadidos y numerosas correcciones menores. Como estas enmiendas tienen que ver, ante todo, con precisiones relativas a la distancia en leguas entre lugares y las fechas exactas en las que se salió, estuvo o llegó a esta o aquella localidades, es posible imaginar la existencia de un *roteiro* anterior en el que se asentarían todos esos extremos y que sería cotejado por el Conde con la redacción final del *Discurso* que ahora conocemos.

En esto, por desgracia, no hay testimonio de que Manuel de Ataíde hubiera estado utilizando uno de esos librillos de memoria que tan habituales eran en los siglos XVI y XVII y que algunos empleaban, precisamente, para ir anotando observaciones de camino⁴⁹. Por el contrario, de las propias indicaciones del manuscrito sólo es posible deducir que tomaba o dictaba sus notas en las posadas y demás lugares (cabañas, hospederías, casas de particulares, etc.) donde llegó a alojarse, así como que lo hacía una vez que hubieran finalizado sus jornadas. Por ejemplo, el lunes 20 de enero se dedicó a visitar los dos santos cristos de Burgos, para anotar que, después, «pasei todo dia ocupado alguma parte d'elle em notar e mandar notar o que atras digo da cidade e da grandesa de sua igreja» [fol. 61v].

En cualquier caso, el texto actual del *Discurso nas jornadas* es el resultado de una reelaboración que parece haberse realizado en momentos distintos del viaje, pero siempre durante el mismo, ya que, en ocasiones, en la descripción de ciertos lugares por los que se tuvo que pasar en más de una ocasión, como Zaragoza, se han reunido observaciones hechas bien en la primera o en la segunda de las estancias. Igualmente, se hicieron pequeñas sumas de

Maya-Alba de Tormes-Cordovilla-Villaflores-Cantalapiedra-Fresno el Viejo-Carpio-Medina del Campo-Valdestillas-Puente del Duero-Laguna del Duero. 4 de diciembre de 1602 a 23 de enero de 1603, Laguna del Duero-Tudela de Duero-Quintanilla de Abajo-Peñañiel-Quintanilla de Arriba-San Martín de Rubiales-Roa-Aranda de Duero-Nuestra Señora de la Vid-San Esteban de Gormaz-Osma-Burgo de Osma-Tajueco-Almazán-Serón de Nágima-Deza-Ateca-Calatayud-Almunia-La Muela-Zaragoza-Osera-Bujaraloz-Candasnos-Fraga-Alcarrás-Lérida-Bellpuig-Tárrega-Cervera-Santa María del Camí-Igualada-Montserrat-Esparraguera-Martorell-Sant Andreu de la Barca-Molins de Rei-Barcelona-Martorell-Santa María del Camí-Bellpuig-Lérida-Fraga-Candasnos-Bujaraloz-Venta de Santa Lucía-Osera-Zaragoza-Alagón-Gallur-Mallén-Tarazona-Ágreda-Aldeanueva-Venta del Conde de Siruela-Logroño-Navarrete-Nájera-Santo Domingo de la Calzada-Belorado-Villafranca Montes de Oca-Zalduendo-Burgos-Villanueva de las Carretas-Venta del Moral-Torquemada-Dueñas-Cabezón-Laguna de Duero. 10 de abril a 23 de abril de 1603, Laguna de Duero-Valdestillas-Medina del Campo-Venta de San Pedro-Salamanca-Sietecarreras-La Calzada-Lagunilla-Carparrá-Carcaboso-Barcas de Alconétar-Cañaverl-Ermita de Santa Catalina-Arroyo del Puerco-Alburquerque-Arronches-Monforte-Sousel-Pavia-Mora-Coruche-Quinta da Foz.

⁴⁸ La mano de Ataíde es identificable porque al enterarse de la muerte de su padre firma como Conde el antes citado «Bem parece polo discurso deste roteiro e das meudesas nele apontadas e notadas ser falsa a fama que de mym correo nesta minha ausencia» [fol. 63v].

⁴⁹ Sobre los librillos, véase CHARTIER, Roger, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 39-60.

lo relativo a los distintos dominios (Castilla, Aragón, Cataluña) una vez que éstos se habían atravesado. De esta forma, en Ateca se consignó una breve síntesis de lo más sustancial de Castilla, en Fraga se hizo lo propio con Aragón y, a su vez, con Cataluña en la ciudad de Barcelona, el punto más oriental que se alcanzó en el Principado.

Aparte de dejar constancia de sus propias impresiones y testimonio de sus actos, Manuel de Ataíde va ofreciendo informaciones que, por así decirlo, podrían resultar de utilidad para otros viajeros. Por ejemplo, escribe de la catalana Cervera que se encuentra en «terra mui forte e fragosa, por esta situada em hum monte mui alto e trabalhoso de andar por ser mui pedragoso todo o caminho e mui pirigoso, porque uai homem a perigo de descambar por huma costa abaxo e fazerse padassos e, asi, aconsello eu a quem andar o padasso deste caminho desta uilla que o a ande a pe e não faça a ualentia que eu fis em o andar na mula» [fol. 25v].

No sabemos quién podría llegar a beneficiarse de estos consejos a propósito de ciertos tramos del viaje que sería mejor hacer a pie y no en cabalgadura, pero, en cualquier caso, Castanheira ha dejado continua constancia de los trabajos y las dificultades que él y su compañía iban encontrado en los caminos. Ríos, con sus puentes y barcas, posadas ruines o, las menos, buenas, caídas de mula, vuelcos de coche, pérdidas en la nieve, alquiler de cabalgaduras, azote de lluvias, modos de iluminarse, precios, abusos en los puertos secos, detenciones ante un posible rebato de peste, lenguas que se oyen hablar, peligro de bandoleros, necesidad de contratar guías que indiquen la ruta en determinados trayectos o la existencia de libros que se ocupan de ciertos lugares, como Montserrat, se encuentran entre las muchas noticias que testimonian los avatares de un viaje peninsular a comienzos del siglo XVII.

Incluso ha dejado constancia de algunos incidentes de buen augurio, como el de las palomas que lo rodean a la salida de Candanos, camino de Bujaloz y Osera. Escribe entonces Ataíde que:

[...] antes que me apease me ui rodado de pombas que andauão uoando sobre minha cabeça das quais tomei huma branca e lhe dei logo liberdade, depois de todos os companheiros festeiarem o sucesso e contra o parecer de alguns, que era a matasse, a liurei da morte. Faço memoria deste sucesso porque foi cousa notauel a melhoria com que dali adiante me achei tanto que os companheiros me não podião aturar dali adiante e me pedião não picase tanto [fols.42v-43r].

Dejando a un lado los caminos y cuanto en ellos puede encontrarse e interpretarse, lo que suele anotar Castanheira de los numerosos lugares por los que pasa es el número de sus vecinos y a qué tipo de jurisdicción pertenecen, con especial insistencia en consignar quién era su titular en el caso de que fueran señoríos civiles. Por ejemplo, al cruzar Osera anota que es lugar de «oitenta uesinhos, aonde muita parte delles são mouriscos, como o são

outros alguns lugares por onde passei nestas seis legoas, asi no caminho como a huma e outra parte della a uista. He este lugar do senhor de Quinto, personagem de Aragão» [fol. 21v].

De esta forma, aparte de los Condestables de Castilla, irán poco a poco surgiendo los nombres de los duques de Braganza, Alburquerque, Osuna, Escalona, Medinaceli, Béjar, Alba, Nájera y Sessa, de los marqueses de Montemayor, Almazán y Poza y de los condes de Benavente, Alba de Liste, Siruela, Miranda, Aguilar, Buendía y Redondo, llegando a indicar, incluso, cuántas son sus rentas y si están pendientes de algún pleito. En cuanto a lo eclesiástico, igualmente se señalan los titulares de algunos señoríos, como el abad de Montserrat, las huelgas burgalesas o las *freiras* de Santa María de Sijena, haciendo especial hincapié en señalar el número y la riqueza de las dignidades de los cabildos catedrales, así como, con todo detenimiento, sus vestiduras.

A lo largo de todo su itinerario ibérico, Manuel de Ataíde muestra una atención muy especial por trajes y vestimentas, apuntando colores, telas y cortes tanto de la gente de iglesia como de la civil. Así, en Zaragoza, se detiene en anotar que los canónigos de la Seo «trazem por sima da sobrepelis huma ueste negra como as dos cardeaes forrada de martas» [fol. 17v] y que los racioneros «uzão as mesmas uestes mas forradas de cordeiras negras hums e outros os capellos somente pella deanteira» [fol. 17v]. En cambio, los jurados de la ciudad «trazem de contino naquelle ano [de su elección] huma beca de ueludo uermelho por sima das capas», mientras que los porteros que los acompañan siempre van «uestidos de uermelho» [fol. 19v]. Hasta las ropas de los locos del famoso Hospital de Nuestra Señora de Gracia merecen su atención, señalando que los que no son furiosos «andão uestidos todos de roupetas ate os pes quarteadas de branco e uerde» [fol. 21r], recorriendo de esta guisa la ciudad cuando acuden a los entierros.

Es el vestido un elemento principal para la definición de pertenencia a rangos estamentales, sirviendo a la perfección para la comparación. La nobleza aragonesa urbana, por ejemplo, le parece que tiene un «trato comum de uisttir [...] mui moderado e mui semelhante a gente limpa e honrada de Lisboa em uisttirem mais comprido que os castelhanos. Isto quanto a gente nobre que de comum em todas as partes he huma cousa pouco ou menos» [fol. 23r-v]. En cambio, le admira mucho que los caballeros catalanes «não se curão de pagens nem de acompanhamentos nem de muitos uestidos nem ostentaçois, como se uza em todo Castela, senão que quanto elle he mais nobre menos conta tem com isso nem deixa por isso de ser mais estimado» [fol. 40r]⁵⁰.

Al cruzar Cataluña, el *fidalgo* Ataíde apuntó su sorpresa ante el hecho, completamente inusual para él, de que los hombres no portasen aceros, sino

⁵⁰ Las damas, en cambio, sí se tratan «com grande pompa» [fol. 40r]. En otro momento, anota a propósito de las damas barcelonesas que: «se tratão mui bem com muitas ioyas e cadeas de ouro e muitas sedas e o seu traje tira muito a francesa» [fol. 36r-v].

armas de fuego. «Não ui em toda esta parte de Catalunha huma espada» [fol. 36v], escribe, pues, por el contrario, «as armas deste gente não são outras se não espingardas a que elles chamão pedrenhaes» y «todos comunmente bons e maos trazem espingarda e muitos duas e tres pistulettes» [fol. 38v]. La sustitución de la espada por el pedernal y otras armas de fuego la pone en relación nuestro viajero con la existencia de continuos enfrentamientos entre bandos, sucediéndose «infinitos arroidos [*i.e.* ruidos, alborotos] na cidade, pera o que tem nas bocas das ruas cadeas de ferro pera a iustiça os poder tomar fechandole as bocas das ruas, mas nada basta» [fol. 36v]. Pero no sólo hay violencia en la ciudad de Barcelona, sino también en los campos, donde abundan los bandoleros.

La explicación que el portugués le encuentra al extendido y celeberrimo bandolerismo barroco catalán pasa por evocar el odio producido por la acumulación de ofensas y agravios para cuya resolución no se detienen en recurrir a la propia fuerza:

Conseruão o odio ate que se uingão da maneira que podem. Não reparão em que seja a treição nem em cousa nenhuma pera deixar de matar cada hum a quem o ofendeo. Não tratão de ferir nem de outra cousa se não matar e por esta causa ha nesta terra tantos bandoleiros porque como sucede cada dia auer mortes e muitas ouses de pessoas nobres e que os matadores não podem por outro modo librar-se dos parentes dos mortos que de força se an de uingar e da iustiça que tambem os persege porque não podem estar seguros em pouoado saense aos campos com mao armada a roubar os passageiros e como a terra he tão pouoadada e os lugares comunmente são pequenos e de labradores des ou dose homens bastão pera se apoderar de todos e lhes dão o necessario porque os não destruão. Não falta iustiça que os persege e assi estão os caminhos cheos de insignias das muitas iustiças que fazem dos que acolhem. Mas nada basta pera esgotar a ma semente que são os grandes odios que entre si tem huns com os outros por qualquer ocasião donde (como digo) procedem tantos bandoleiros como ha nesta terra. [fols. 38r-39r].

Y el de Castanheira no excusa la responsabilidad que les corresponde a la nobleza del Principado en esa situación, pues, asegura que «as casas dos nobres são coutos a todos os delinquentes e se por mal de pecados alguma iustiça quiser entrar (como não seia por culpa de lesa magestatis ou inquisição) não saira com uida e se ElRey ou o papa ou o mundo todo lhe quiser demandar a todos se opporão e defenderão este punto de seus foros como o mayor delles sem terem respeito a nada» [fol. 39v].

Junto con la defensa de sus *foros*, ante la cual todos los odios le parece que se disolverían⁵¹, la responsabilidad nobiliaria en las banderías provocó

⁵¹ Ataíde escribe que «são tão zelosos do bem comum de sua patria e de seus foros que pello menor ponto delles se unirão e mouerão todos sem se lembrarem de paixois particulares nem por pensamento e nisto são estremados e com isto se fazem temidos de todas as nações e estimados e tanto que ate o seu proprio Rey natural uai com elles mui atento e com respeito» [fols. 39r-v].

el mayor interés de Manuel de Ataíde, quien, por otra parte, apunta que, aunque Cataluña tenía una lengua propia, los nobles sabían hablar «comunemente» la castellana [fol. 39v].

A este respecto, es digno de señalar ahora que Castanheira hace algunas interesantes observaciones lingüísticas a lo largo de su *Discurso nas jornadas*, en especial en lo que tiene que ver con la percepción de la diversa pronunciación de otras hablas y lenguas. De su paso por Aragón, señala que «a sua lingua he a castelhana, ainda que não com a energia e uiuesa dos castelhanos, senão com huma brandura mui semelhante na accsão a portuguesa» [fol. 23v]. En cuanto al catalán es a su juicio «tão diferente, que os passageiros com difficuldade se dão a entender e os entendem, digo a gente baxa», observando que «he composta sua lingua da francesa e alguns vocabulos castelhanos e portugueses e italianos, dos quais se fas huma mescla boa e a a accsão da pronunciassão da muita graça particularmente as molheres» [fols. 39v-40r].

Como se ha podido observar, nuestro *fidalgo* se entrega con frecuencia a ejercicios de comparación, quizá el mecanismo principal por el que el viajero puede dar a entender a otros y a sí mismo cuán diferente es lo que ve. Si la lengua aragonesa le parece en la *blandura* de su pronunciación similar a la portuguesa y el trato común de los caballeros de Zaragoza le recuerda el de la gente *honrada y limpia* de Lisboa, hay iglesias, palacios y monasterios cuya descripción acaba exigiendo un término de comparación lusitano. Así, los claustros de Santa María la Real de Nájera y de Santa Engracia en Zaragoza son un poco más pequeños que el de Belem, aunque el aragonés de su «misma obra»⁵², apareciendo de nuevo el monasterio de jerónimos de Restelo como modelo para explicar cómo es la traza de la iglesia de Nuestra Señora de la Vid⁵³. Pero, por supuesto, es Lisboa con sus instituciones, costumbres, edificios y, en general, como ciudad capital el término más usual de comparación al que se refiere Ataíde cuando quiere explicar cómo son, entre otras, Zaragoza, Barcelona o Burgos.

En estas comparaciones, que hacen del *Discurso nas jornadas* una suerte de paradójica fuente olisipográfica, la peor parada, sin duda, es la vieja Sé de Lisboa, que, a ojos de Ataíde, palidece ante los edificios religiosos, que ha podido visitar en Castilla, Aragón y Cataluña⁵⁴. Sin embargo, como no podía ser menos, las comparaciones no siempre son negativas. Así, en la Alfajería una guarnición de soldados «fazem sua salua cada dia como em Lisboa no castello» [fol. 24r]; el pescado que se puede comprar en Barce-

⁵² *Discurso...*, cit., fols. 14 r (Santa Engracia); 50v (Nájera).

⁵³ «A obra da igreja e cruseiro se quer pareser na traça com a de Belem, ainda que na grandeza he muito menor» [fol. 8v].

⁵⁴ «Antes me afirmo de que não uisse em todo este caminho cousa peor que a igreja de Lisboa» [fol. 58v].

lona, aunque es más barato que en Lisboa, no es «tão gostoso como o do nosso oceano» [fol- 34r.]; la iglesia de Monserrat es de «huma so naue mui forte, do tamanho de São Roque de Lisboa pouco mais o menos, com huma cupula ou zimborio no cruseiro, que ainda não he acabado de todo» [fol. 26r]; el Coso de Zaragoza es una hermosísima calle «mais larga duas ueses que a Rua Noua de Lisboa e muito mais comprida» [fol. 18v]; la charola de la catedral de Burgos tiene un «ordem de capellas partyculares em redondo da maneira que estão as da see de Lisboa por detras do altar mor» [fol. 58v]; o el zaragozano Hospital de Gracia, con sus enfermerías separadas para cada clase de dolencia, le recuerda el Hospital de Todos-os-Santos de Lisboa [fol. 20v].

Como ya se ha señalado, el Hospital zaragozano le pareció tan notable a nuestro viajero que, aunque su intento no era el de escribir *historia*, decidió dedicarle una breve *relación*. Entre las cosas que más destacables le parecieron se encontraba que contase con una suerte de discretas enfermerías reservadas para clérigos e hidalgos pobres. Atáide la describe así:

Tem mais enfermaria de clerigos pobres dotada de boa renda com sua capella dentro mui bem concertada e limpa e mui prouida de todo o necessario. Tem mais outra enfermaria mui fermosa que he a modo de dormitorios de frades que tem em cada cella sua cama e mesa, cadeiras e hum altar e huma campainha tudo mui perfeito e limpo. Esta sirue pera homens fidalgos pobres ou pera os que por sua deuação se querem ir ali curar por gozar das indulgencias e quando algum fidalgo ou clerigo esta nestas enfermarias curandose de nenhuma maneira se permite entrar ali nenhuma pessoa. De forma mais que os ministros daquellas enfermarias que são pessoas de muita conta e quando os enfermos querem alguma cousa por isso lhe poem em cada sela campainhas pera que com ela chamem sem se porem a perigo de algem os conhecer por a vos [fols. 20v-21r].

Las discretas campanillas del Hospital de Gracia le parecen una sutil y decorosa forma de disimulación estamental. Los hidalgos pobres pueden ser tratados sin que nadie los vea y, lo que es más, sin que nadie llegue a reconocerlos ni siquiera a través de la voz. Como hacía al comentar sorprendido que los nobles catalanes no se acompañasen de pajes ni apareciesen vestidos con ostentación, Castanheira muestra aquí, de nuevo, su plena conciencia de que existía una particular visualidad caballeresca que nunca debía ser descuidada⁵⁵.

Unos años más tarde, en carta al marqués de Velada, Francisco Manuel de Melo se referirá a la vinculación de la mayoría de los nobles con lo que él llama «cultura de la persona», es decir, con el cuidado «de sus estados,

⁵⁵ Nos ocupamos de esta cuestión en BOUZA, Fernando, *Palabra e imagen en la corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid, Abada, 2003, a cuya bibliografía remitimos.

de sus casas, sus coches, sus caballos y libreas»⁵⁶. En buena medida, los planteamientos de Manuel de Ataíde parecen responder, precisamente, a esa cultura de la persona, volcada en el exterior, en acciones y gestos que demuestren, o disimulen si es preciso, su egregia condición.

Por ello, como muestra de devoción, decide que sus últimos pasos antes de entrar en Montserrat sean a pie y sin compañía, no en coche ni con criados, «por ir mais disfraçado» [fol. 26r.]. Por ello, uno de los entretenimientos que más le gustan de Barcelona es la de que «a frol da gente» acuda con sus coches y caballos a gozar de la vista del Mediterráneo desde el *moll* «que toma tudo o que a cidade se estende ao longo do mar». Escribe Castañeira que:

Entre as muitas e boas cousas e mui notaueis que Barcelona tem he esta das mellores ou a mellor porque aqui se aiunta toda a frol da gente da cidade a gosar da uista do mar porque fas da parte da terra huma prassa ou terrapleno mui capas pera couches e gente de caualo e de toda a sorte como comunmente ali se ajuntão porque se fica descobrindo dali tudo quanto a uista pode descobrir do mar a todas as partes e este passeio he do mesmo cumprimento de pes. [fol. 33r-v].

Como aseguraba Francisco Manuel de Melo, en esa cultura de la persona a la que parecen entregarse buena parte de los nobles no sólo se encontraba el cuidado de coches, caballos y libreas, sino también la atención por sus estados y por sus casas. Aquí podría entrar, perfectamente, el renombrado gusto por la arquitectura del que los Ataíde de Castañeira, como ya vimos, habían hecho casi un rasgo de su memoria familiar.

A lo largo del *Discurso* menudean las referencias a cómo son las casas de los nobles en los lugares que son visitados. Las de los nobles burgaleses le parecen «mui fermosas» [fol. 57v]; de Barcelona encarece las numerosas «quintas e casas de prazer» [fol. 37r] que se han levantado en los alrededores de la ciudad; y en Zaragoza insiste en la enorme grandeza de las casas de los «senhores particulares», algo que hace «insigne» a la capital aragonesa [fol. 34r-v].

Y es que el contexto urbano no deja de interesar a nuestro viajero, quien, ahora, parece fascinado con el sistema de limpieza de las calles barcelonesas, que describe con detalle:

As ruas são todas lageadas e todas com canos por baixo e as lageas postas de maneira que toda a agua que choue em hum momento se cola abaxo aos canos que todos se uão por baixo metendo hums nos outros e todos uão

⁵⁶ MELO, Francisco Manuel de, *Cartas familiares*. Edición de Maria da Conceição Moais Sarmiento, Lisboa, INCM, 1981, p. 82. Melo enfrentaba esta cultura de la persona, volcada en el exterior, con una cultura del espíritu más intelectual. Su carta a Antonio Dávila y Toledo está fechada en Bergues-Saint-Winoc, 21 de diciembre de 1639.

dar no mar, de maneira que na mayor forza do inuerno se pode andar nesta cidade com botas brancas sem auer lama nem inmundicia alguma de que homem se possa guardar, senão que como quem anda por huma casa se podem em qualquer tempo andar as ruas de Barcelona [fol. 34r].

Igualmente, se detiene en los edificios públicos de las ciudades, destacando los de Zaragoza y, de nuevo, Barcelona. En la primera, se detiene en describir la Diputación, «casa mui grande e fermosa toda dourada», donde están «retratados todos os Reys de aquelle Reyno ate Dom Felipe 2º» [fol. 18r]. En la segunda, se hace elogios de «a Deputação aonde se aiuntão os deputados do Reyno» y de la que él llama casa «dos jurados», que «tambem he grande e boa, mas não tanto como a que agora se uai fazendo de nouo, que depois de acabada sera insigne obra» [fol. 34v].

Pero volviendo a la observación que Ataíde hace, en más de un lugar, a propósito de que las residencias nobiliarias zaragozanas le resultaron especialmente grandes. Conviene añadir que ésa era una sensación que parecía acrecentarse porque se encontraban en calles que «ordinariamente são estreitas, como he costume em cidades antigas» [fol. 18v].

Como la grandeza de los señores, la de los edificios también se acrecienta o se aminora al enfrentarse a otras construcciones. En esto, Ataíde da muestras de ser un fino observador y, por ejemplo, mostró su más rendida admiración ante la «sepultura de alabastro» de Ramón Folch de Cardona en Bellpuig, el espléndido trabajo de Giovanni Merliano da Nola, obra que encarece como «a mais curiosa e rica cousa que cuido pode auer em toda Espanha». Concedor de la fortuna de los Sessa, señores del lugar, aquel «enterro» le parecía «bem digno delles» y, sin embargo, el conjunto sólo sería plenamente satisfactorio «se a capella e a igreja e moesteiro dissera com a grandeza do sepulchro» [fol.25r]. En cambio, la capilla mayor de la catedral de Burgos le parecía que «dis muj bem en tudo com o corpo da igreja he com sua grandeza asi no retauolo como na grandessa da mesma capella como em tudo o mais» [fol. 58v].

Junto con su insistencia en la descripción de edificios, la manera de nombrar la arquitectura de Manuel de Ataíde resuelta, como vemos, ciertamente interesante, aunque hay muy escasas referencias que pudiéramos calificar de estilísticas. En esto, apenas se menciona que la hermosa Fontinha de Alter do Chão es «dobra moderna» [fol. 2v] o que en el conjunto de la catedral de Burgos se alaban las partes «por achitectura a moderno» [fol. 58r]. Por supuesto, mención aparte merecen las antigüedades, que se identifican como *obra romana* y que Manuel de Ataíde describe con bastante detalle. Por ejemplo, llegado a las orillas del río Seda, el gran puente de Vila Formosa le hace anotar que «tem esta ponte seis arcos e toda de pedraria. Antre hum arco e outro sinco nichos uazados de banda a banda» [fol. 2r]. Días después, en las Ventas de Cáparra señala que «tem na entrada huma charolla de pedraria dobra

romana como a da ponte de Uillafermoza [*i.e.* Vila Formosa] e muita pedraria laurada, que parece foi lugar grande por ter muitos ideficios. Tem hum arco mais de pedraria muito grande» [fol. 4v].

Dejando a un lado estas antigüedades, las obras architectónicas vienen descritas, además de en sus materiales, como hermosas, antiguas, costosas, fuertes o fortísimas, bien labradas o, sin más, dignas de verse, por no entrar en ese *decir bien* de las partes con el conjunto que podría vincularse tanto con la armonía como con la correspondencia.

Con frecuencia, Castanheira recurre en sus descripciones al empleo de majestad aplicado a la arquitectura. Así, la capilla de los Condestables de Burgos le parece «mui notauel asi em grandeza como em magestade de edificios», de la misma forma que, recuérdese, el cimborrio de la catedral es «de mais magestade do que se pode pintar por escrito» [fol. 58v]; la «igreja episcopal» de Burgo de Osma se presenta con sus «tres naues mui grandes e de grande magestade» [fol. 9r]; Santa Engracia de Zaragoza es «obra real de grande magestade» [fol. 14r]; y, en suma, la catedral de Lérida es «obra antiga e mui forte e representa magestade» [fol. 24r], a la par que su claustro se describe como «de obra antiga mui grande e representatiuo, todo cheo de capellas de huma e outra parte ou de todas quatro» [fol. 24v].

Tanto el uso de majestad como el de representar, en sus derivados, parece ser similar al que se encuentra en descripciones arquitectónicas de la época, así en la escurialense de José de Sigüenza, donde majestad viene a indicar la impresión de proporción grandiosa que provocaría en los visitantes y también se puede representar arquitectónicamente⁵⁷. En otros pasos del *Discurso*, como también hace Sigüenza, Manuel de Atáide emplea el término en relación con lo ceremonial; así, la iglesia del Pilar zaragozano «he seruida com grande magestade» [fol. 13r] por sus muchos clérigos prebendados y músicos, siendo posible que la misa solemne y festiva que Castanheira pudo oír allí el día de Reyes se califique también de «grande magestade» [fol. 17r].

Pero, además de edificios más o menos majestuosos, antiguos, fuertes y bien labrados, Atáide también vio imágenes de devoción a lo largo de su itinerario ibérico. Para esa clase de visión ha recurrido a un vocabulario distinto, si es que se ha permitido hacer descripciones.

Tras arrostrar en pleno invierno los peligros de la hostil naturaleza de los Montes de Oca y, después de visitar la catedral, Manuel de Atáide se presentó en la iglesia de los agustinos, donde le fue mostrada la venerable imagen del Cristo de Burgos. En su *Discurso nas jornadas* podemos leer que:

Forão grandes os mouimentos que em minha alma senti com sua vista e não pude emcobrir de nemhuma maneira os efeitos emteriores delles, que os

⁵⁷ Agradecemos a la Profesora Selina Blasco sus amables indicaciones a propósito de las descripciones de fray José de Sigüenza.

olhos o não mostraçem com as muitas lagrimas que deramarão, tanto que não pude notar delle mais que estar emclauado com quatro cravos e os asoutes que por seu santo corpo estauão, uendo tão frescos como se forão dados dagora ou pintados de fresco o que não ha, porque depois que aqui ueio aportar esta santa imagen que a emfenitos annos não lhe chigou oleo nem outra pintura alguma nem a sofre. Temse por tradição que he este santo corsefixio hum dos que fez Nicodemus e que ueio pello rio Hebro (*sic*) abaixo em huma caixa de madeira e asim aportou iunto aos muros desta cidade, adonde ate ioe se conserva sem faser mudanza nenhuma na frescura de sua pintura, se o he, nem outra cousa alguma. Esta hum clausto cheo de insignias infinitas dos milagres que aquí tem feito e faz cada día. Aquí dei por bem empregados todos trabalhos que padeci no caminho e nos montes de Oca, tudo me pareceo nada em comparação da grande concollação que aquí recebi de noso senhor e com ella me recolhi a pouzada [fol. 6r-v].

De este pasaje merece la pena destacar la vívida presentación de los efectos de la visión devocional, una forma específica de ver a la que nuestro viajero y peregrino portugués también presta su atención en el *Discurso* de Ajuda.

A lo largo de su camino, Manuel de Ataíde dejó constancia de sus visitas a otros crucifijos, como el de Burgo de Osmá, «o qual eu ui com hum sinal de huma pedrada na testa donde lhe sayo muito sange» [fol. 9r], pero ninguno provocó efectos como los del Santo de Burgos. Verlo produjo en el alma del viajero un enorme consuelo, pero, antes, su visión le había provocado una conmoción interior tal que casi impidió que la imagen fuera vista materialmente por sus ojos, inundados como estaban en lágrimas. Por ello, no pudo apuntar apenas «mais que estar emclauado com quatro cravos e os asoutes que por seu santo corpo estauão».

Sin duda, el Santo Cristo de Burgos era una imagen extraordinaria y los efectos de su visión debían serlo también, pues se creía que había sido hecha por el mismo Nicodemus tomando como modelo el cuerpo de Cristo todavía en la cruz⁵⁸. Alguno de los cronistas de la imagen, como Pedro de Loviano, se hace eco de que «ha sucedido no poderle mirar de çerca con atención a algunas personas de valor, y esfuerzo, que se han empeñado en verle cara a cara», poniendo como ejemplo el caso de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, o Juan de Palafox y Mendoza⁵⁹. Por tanto, la reacción

⁵⁸ Sobre esta imagen, venerada hoy en la catedral burgalesa, véanse la excelente monografía de LÓPEZ MARTÍNEZ, Nicolás, *El Santísimo Cristo de Burgos*, Burgos, Aldecoa, 1997, donde se atribuye a un anónimo flamenco de comienzos del siglo XIV y se describe con detalle la imagen, de madera cubierta con piel de ternera; y CALVO SALGADO, Luís M., *Milagres e mendigas polo Camiño de Santiago*, Vigo, Galaxia, 1999. Al suponer que la imagen había llegado a Burgos río arriba, Ataíde difiere de la tradición general que defendía que su llegada a Castilla se había producido por el Cantábrico. Agradezco a Felipe Pereda sus observaciones sobre la intensidad de la visión del Cristo de los agustinos burgaleses.

⁵⁹ LOVIANO, Pedro de, *Historia y milagros del Santísimo Christo de Burgos, con su uena*, Madrid, en la imprenta del venerable padre fray Alonso Orozco, 1740, p. 60.

de Manuel de Ataíde no desentona con otros testimonios que atestiguan una respuesta similar a la suya.

Pero lo que me interesa destacar más es que esta apreciación sobre la visión directa de algunas imágenes sagradas, tan intensa que puede impedir la vista material⁶⁰, procede del cuaderno de las notas de un laico particular y no de un místico inspirado, a la manera de Juan de la Cruz o de Teresa de Jesús, ni tampoco de algún exégeta eclesiástico bien entrenado. Éstos, por supuesto, se ocupan de los «maravillosos efectos que ha causado la vista atenta» de Cristo, como hacen, por ejemplo, Martín de la Madre de Dios, capaz de comparar sus ojos con los del basilisco⁶¹, o Francisco de Rojas, quien, a propósito del miedo que sintieron los apóstoles en el Tabor, se ocupaba, precisamente, de los efectos turbadores de la visión de algunos cristos en una de sus *Vespertinas*⁶². En suma, el capuchino Antonio de Fuentelapeña acertará a escribir «cierre el alma los ojos / para mirarle, / que la vista no alcanza / con ser tan grande»⁶³.

Por otra parte, esta suerte de estupefacción propia de la más exaltada visión devocional contrasta con el detalle al que Manuel de Ataíde recurre cuando tiene que describir una arquitectura o una decoración. Por ejemplo, en la misma Burgos, se detuvo, como ya hemos dicho, en la descripción minuciosa de la catedral, con su majestuoso cimborrio, o del Arco de Santa María, del que traslada los nombres y características de los personajes esculpidos y pintados con todo pormenor. Esta diferenciación entre la visión de una imagen sagrada como el Cristo de Burgos, sin duda extraordinaria y casi una reliquia en sí misma, y la visión de lo, digamos, monumental, en la que sí sería decorosa la apreciación detallada, parece deberse a un bien asentado rechazo a la curiosidad en materia devocional, ese rechazo que lleva al antes citado Francisco de Rojas a proclamar que «los curiosos ni se aprovechan ni creen con eficacia»⁶⁴. Y es éste el momento de evocar las lágrimas de Ataíde, «as muitas lagrimas que deramarão» sus ojos y que dificultaban su vista, al tiempo que revelaban la interior conmoción que sufría su alma.

⁶⁰ Sobre la fuerza de las imágenes y los muchos poderes de la mirada, *cfr.* FREEDBERG, David, *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Madrid, Cátedra, 1992; el clásico BORN, Wolfgang, «Fétiches, amulettes, talismans» [1937] en *Revue Ciba* (Basilea) 58 (1947) pp. 2078-2108; y TAUSIET, María, *Ponzoña en los ojos. Brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000.

⁶¹ MARTÍN DE LA MADRE DE DIOS, *Arpa christifera, templada a la veneración de la imagen de Christo nuestro señor crucificado*, Zaragoza, por Diego Dormer, 1655, p. 299. A propósito de un paso del profeta Habacuc, este carmelita proclama que el crucificado era un «diviníssimo basilisco» (*ibi*).

⁶² ROJAS, Francisco de, *Vespertinas de los opprobios de la pasión de Cristo, causados de la casi eternamente ingrata nación Hebrea, en modo de diálogos de la Quaresma*, Madrid, en la Imprenta del Reyno, 1634, fols. 88r-92r.

⁶³ FENTELAPEÑA, Antonio de, *Retrato divino en que para enamorar las almas se pintan las divinas perfecciones con alusión a las facciones humanas*, Madrid, por Melchor Álvarez, 1688, p. 34.

⁶⁴ *Vespertinas de los opprobios...*, cit., fol. 58r.

En el *Discurso nas jornadas*, el recuerdo de las lágrimas vuelve a aparecer cuando se describe el retablo de Nuestra Señora de Montserrat. De la imagen titular, el viajero portugués apenas señala que es devotísima y «mui preta», pero, añade:

[...] de tanta dauação que poucos chegão aqui que por duros que seião os não moua sua uista a lagrimas de alegria e a dezeios de emmendar a uida porque a nenhuma outra cousa aqui lembrar mais que buscar confessor e por bem com Deus pera com mais confiança alcançar misericordia por meyo desta santa imagem [fol. 27r].

Las lágrimas, se dispusiera o no del don que las concedía⁶⁵, eran consideradas una señal de la contrición, signo evidente de que se había producido una auténtica conmoción interna y que, por tanto, se podía proceder a una verdadera enmienda de carácter penitencial.

Como decía en este pasaje Manuel de Ataíde, la *vista* de la imagen devota *movía* a los que llegaban ante ella y les despertaba «dezeios de emmendar a uida». No muy distintos eran los planteamientos de Roberto Bellarmino en su *Libro del gemido de la paloma*, una obra en la que el santo jesuita se ocupaba de manera monográfica «del bien y utilidad de las lágrimas»⁶⁶. Objetivo éste que compartía el dominico Blas Verdú en su *Tratado de las lágrimas*, publicado en Barcelona en 1605, y en el que se defiende que las lágrimas «no engañan, y las palabras sí»⁶⁷.

Y, unos años después, el también portugués Manuel de Faria e Sousa se ocupó con detalle de las imágenes en una de las *palestras* de sus extraordinarias *Noches claras*. A propósito, precisamente, del Senhor Bom Jesus de Bouças, un crucifijo del que también se creía que había salido de las manos de Nicodemus, se apunta que: «son las imágenes (tanto importa el uso de ellas) como trompetas, por donde se comunica la voz al ayre, y como cañones, por donde Dios tal vez dispara las poderosas valas y fulminantes rayos de desengaño contra sus enemigos que no las estiman, y los dulces regalos y agradables voces a sus siervos que las veneran»⁶⁸.

Por ello, el acendrado recurso a imágenes para la conversión, lo que al-

⁶⁵ Véase *A culpa e as lágrimas: fontes, formas e manuais de penitência em Portugal (séculos XV-XVIII)*, número monográfico de *Via spiritus* (Porto) 2 (1995); y NAGY, Piroška, *Le don des larmes au Moyen Âge. Un instrument spirituel en quête d'institution (ve-XIIIe siècle)*, París, Albin Michel, 2000.

⁶⁶ Hemos utilizado la traducción de Alonso de Andrade del *De gemitu columbae sive de bono lacrymarum* [1617] aparecida en Madrid, María de Quiñones, 1659.

⁶⁷ VERDÚ, Blas, *Tratado de las lágrimas y conversión de santa Madalena*, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1605, fol. 2v.

⁶⁸ SOUSA, Manuel de Faria e, *Noches claras, primera parte*, Madrid, por la viuda de Cosme Delgado, 1624, p. 125. El importantísimo discurso «De la materia de las imágenes y respeto que se les debe» se desarrolla entre las páginas 98 y 140.

gunos misioneros de interior calificaban de industria de los espectáculos⁶⁹, podría ser explicado en atención al convencimiento de que eran capaces de conmover con eficacia suficiente para garantizar el propósito de enmienda. Y es que, como dirá Faria e Sousa en otro pasaje de sus *Noches*, ante algunas imágenes «se arroban lo sentidos a divinas contemplaciones, meritorios terrores y sumisión profunda»⁷⁰. Ante algunas imágenes, pero no ante todas, como bien nos explica el propio Manuel de Ataíde.

Ya de regreso a Portugal, nuestro viajero se detiene a comer en la salmantina Lagunilla, coincidiendo con el momento en que «os moradores della correrem a huma ermida onde estaua hum cruxifixo que desião corria sangue de suas chagas»⁷¹, algo que, por supuesto, «eu fiquei com os meus a uer». Sin embar-go, la visión no le provocó ni lágrimas ni estupefacción y, todo lo contrario, señala, «não me pareceo que era assy porque o não tinha uisto mais uezes», aunque, como «os moradores afirmauão que muitas vezes o tinhão uisto e pelo como o desião e afirmauão o tenho por certo» [fol. 65v].

No es posible, por supuesto, llegar a establecer las razones por las que Castanheira no se conmovió ante aquel crucifijo de ermita, cuando sí lo había hecho ante otras imágenes. Quizá tenga que ver con el boato ceremonial, la majestad, que las rodeaba, mucho mayor en el caso de los agustinos de Burgos que en el humilladero de Lagunilla, o con la antigüedad de las figuras, al ser de factura más reciente el Santo Cristo de los Afligidos⁷², colocándonos, por tanto, ante una cuestión que no deja de estar relacionada con la recepción estilística o artística de las figuras devocionales.

En cualquier caso, Manuel de Ataíde y los suyos se detuvieron en Lagunilla para ver —«eu fiquei com os meus a uer»—. Quizá sería mejor decir para seguir viendo, como había hecho a lo largo de su peregrinación ibérica que lo había llevado del Atlántico al Mediterráneo barcelonés, un lugar donde «toda a frol da gente» se reúne para «gosar» de su vista.

⁶⁹ Sobre las prácticas misionales, véanse PALOMO, Federico, *Fazer dos campos escolas excelentes. Os jesuítas de Évora e as missões do interior em Portugal (1551-1630)*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian – Fundação para a Ciência e a Tecnologia, 2003; y RICO CALLADO, Francisco Luis, *Las misiones interiores en la España de los siglos xvii-xviii*. Tesis doctoral defendida en la Universidad de Alicante, 17 de septiembre de 2002. Edición electrónica de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. ISBN 84-688-0624-2. Véanse, también, CHRISTIN, Olivier, *Les yeux pour le croire. Les Dix Commandements en images. xve-xviiie siècle*, París, Seuil, 2003; y MAJORANA, Bernadette, *Teatrica missionaria. Aspetti dell'apostolato popolare gesuitico nell'Italia centrale fra Sei e Settecento*, Milán, EuresisEdizioni, 1996.

⁷⁰ *Noches claras*, cit., p. 117. Estas observaciones se hacen a propósito del Santo Cristo de Leça, hoy en Matosinhos.

⁷¹ Cfr. CHRISTIAN, William A., *Religiosidad local en la España de Felipe II*, Madrid, Nerea, 1991.

⁷² Sobre la imagen, véase GARCÍA GARCÍA, Segundo, *Lagunilla. Su historia, monumentos e instituciones*, Segovia, Alma Castellana, 1958, donde se indica que imagen debió ser adquirida hacia mediados del siglo xvi (p. 165). El cristo aparece reproducido en HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Petra, *Lagunilla, ayer y hoy*, Lagunilla, Ayuntamiento, 2001.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS ATAÍDE, CONDES DE CASTANHEIRA

(A partir de Jerónimo de Ataíde, marqués de Colares, *Arvores da descendência da Casa da Castanheira*, BNE, Ms. 11751, sin foliar; y del árbol de los Colares de BA, Ms. 49-XIII-26, fols. 2r-3r).

Álvaro de Ataíde, señor de Castanheira = Leonor de Noronha

António de Ataíde, 1º conde = Ana de Távora

António 2º conde
= 1 Maria de Vilhena
= 2 Bárbara de Lara
= 3 Maria de Vilhena

Guíomar Magdalena Jorge Jerónimo Ana Joana

= João Mendes de Vasconcelos = Nuno Manuel

= 1 Maria de Vilhena, hija del conde de Vidigueira

Ana de Ataíde = Henrique de Portugal, de la casa de Vimioso

= 2 **Guíomar de Ataíde, 3ª condesa**

= 2 Bárbara de Lara, hija del marqués de Vila Real

Leonor Jorge

Manuel 3ª conde

= 1 Maria de Noronha

João, 4º conde

= 1 Maria de Vilhena

António 5ª conde

= Ana de Lima Pereira

Jerónimo 6º conde

= Maria de Vilhena

Fernando Antonia

Maria

= 2 **Lourença de Vilhena, 4ª condesa**